

Miguel Correa

AL NORTE DEL INFIERNO



De la presente edición, 2018

- © Miguel Correa
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Dirección de la colección Mariel: Juan Abreu
Edición: Ladislao Aguado
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler
Imagen de cubierta: Steve Johnson
Corrección y maquetación: Editorial Hypermedia

ISBN: 978-1-948517-20-1

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

A PROPÓSITO DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

Hay una Cuba de antes de 1980 y una Cuba que comenzó a nacer a partir de 1980. En esa Cuba de antes de 1980, los que huían de la isla, se consideraban exiliados. En la Cuba posterior, sobre todo a partir de la década de los 90, eso fue cambiando y surgió la figura del emigrante del castrismo cubano. Algo que a mí siempre me ha parecido insólito, de una dictadura se huye no se emigra.

Los libros que he agrupado en esta colección, pertenecen, literariamente hablando, a esa Cuba anterior a 1980: sólo pueden haber sido escritos por exiliados de la dictadura cubana. No quiero decir que sean mejores ni peores, sólo señalo que pertenecen a una época y a una Cuba que ya no existe, o de la que ya queda muy poco, y que comparten cierta mirada sobre los tiempos que a los autores les tocó vivir, amén de una saludable furia.

Algunos de los escritores que agrupo en esta colección, que se publica gracias a la iniciativa y al interés de Editorial Hypermedia, salieron de la isla durante el Éxodo del Mariel, otros lo hicieron un poco antes o algo después del gran éxodo marítimo. Pero todos pertenecen a esa Cuba que producía exiliados políticos, fugitivos, y no emigrantes. A mi entender, estas obras se alimentan, enriquecen e iluminan unas a otras, y ayudan a definir y a comprender el tiempo que a sus autores les tocó padecer. Por eso las he reunido aquí.

Juan Abreu

Para María M.
M. C. M.

*And there is even a
happiness that makes the heart afraid.*

Thomas Hood

EL TEXTO COMO EXORCISMO *

En la antología *17 narradoras latinoamericanas*, la argentina Cecilia Abzats expone en un breve prólogo que precede a su cuento «La siesta» que el primer libro que se escribe suele ser una historia que uno tiene «atravesada en la garganta» y ponerla en palabras funciona como una especie de exorcismo.

Confieso que no habría podido encontrar mejores palabras para referirme ami querido *Al norte del infierno*. En efecto, el primer libro que escribimos es usualmente un acto de exorcismo, un dolor que uno tiene clavado en el pecho, una especie de trabazón que no nos deja respirar. Esa condición de texto-nudo es la que hace salir el libro con la fuerza de un atragantamiento en las vías aéreas, para evitar así una posible muerte por asfixia.

Pero esa gestión inevitable —sacarnos ese nudo del interior— tenemos que realizarla con toda la rapidez que una situación de emergencia conlleva. La urgencia con que el libro demandaba saltar a la página en blanco

* Prólogo a la edición de 2018.

hizo que el autor no siguiera, por lo general, las pautas que siguen los textos reposadamente concebidos ni los que resultan de esmeradas investigaciones académicas ni siquiera las que siguen ciertos textos mesiánicos. Ese primer libro que llevamos dentro no puede esperar tanto. Su existencia viene tocada por la urgencia: me lo saco del gaznate o perezco.

Al norte del infierno nació bajo esas circunstancias agónicas. Su texto se me había atragantado no solo en la garganta sino en todo mi ser. Lo sentía como un molesto padecimiento que no me dejaba vivir, como un tumor o un proyectil que desde hacía tiempo llevaba alojado en los sesos y que ahora buscaba salir, por sí solo, a la superficie. Sacarlo de mí se convirtió en mi mayor prioridad, sin tiempo que perder y sin detenerme a pensar en cómo lo haría.

Pero arrancarnos un libro que vive en nuestro interior es un proceso de exorcismo que tiene sus propias reglas. En primer lugar, la urgencia del texto por saltar de mi cabeza ni siquiera dejaba un espacio para echar un vistazo a las pautas literarias que rigurosamente establece la tradición, ni para analizar los estilos en boga para configurar ese texto, ni nos permite remitirnos a las diatribas, valores o pareceres que consciente o inconscientemente nos impone el canon, o sea, sin prestarle mucha atención a la literatura. Y así escribí *Al norte del infierno*: así, sin ponerme a considerar el mundo literario que transcurría a mi alrededor, sin tenerlo en cuenta, sin saber si eran estas o no las formas que la narrativa contemporánea exigía de los escritores de mi época.

Escribí la primera y única versión del libro en unos ocho meses, todo en 1982. El manuscrito apenas sí tuvo una revisión sintáctica. Desde mi salida de Cuba a través del éxodo del Mariel en 1980, los personajes formaban enormes

algarabías en mi cabeza, insoportables estrépitos, alborotos inenarrables, verdaderos motines de seres que al parecer solo querían decir su verdad y estallar, como si sus vidas dependieran del mero hecho de la enunciación de sus gritos. A veces, el estruendo de las voces era tal que ya no podía hacerme el desentendido; entonces los personajes en mi cabeza me hacían levantar en medio de la noche invernal y a las tres de la madrugada tenía yo que escribir lo que ellos iban a dictarme. Como autor yo solo recibía algún alivio cuando terminaba de plasmar por escrito el mensaje de los personajes más agresivos. Solo después me permitían descansar un poco, pero yo sabía que los personajes permanecían de pie en la violencia de aquella cola metafísica hasta que les llegara su turno para hablar, o sea, para reventar. Cuando terminaba de escuchar, recoger y escribir la exposición de una de aquellas voces, esta parecía calmarse. Sus gritos aún continuaban, pero ahora desde la página mecanografiada, no ya desde mi cabeza. Entonces comprendí que el nudo de voces era una hinchazón que yo debía evacuar con cierta frecuencia para aliviar así la enorme presión craneana o de lo contrario, el dolor acabaría conmigo.

Y así salió este libro, a deshoras, en medio de grandes desvelos, sin pretensiones de ningún tipo y sin la menor expectativa, obedeciendo únicamente el agónico clamor de unas voces que se habían adueñado de mí y que exigían su materialización fuera de mi cabeza y su relocalización física aunque fuera en lo textual. De no haber cumplido con las demandas de las voces, de seguro que habría enloquecido.

Cuando transcribí el último clamor, sentí un vacío en mi interior que me pareció igualmente devastador: volví a ser el joven de 23 ó 24 años que por entonces era. Y sentí también todas las angustias de mi condición de

refugiado cubano en suelo norteamericano, angustias que eran de la misma naturaleza que la de las voces en mi interior.

Con el paso del tiempo y una vez publicado este texto endocrino, me ha ocurrido con *Al norte del infierno* lo que le ocurría a Alejo Carpentier con su *Écue-Yamba-Ó*: me ha dado por huir de mi texto, por lo que apenas lo releo. Carpentier rechazaba su texto primigenio porque, según él, este le parecía inmaduro. No me parecen sus razones muy válidas. El texto solo se hace inmaduro a nuestros ojos, porque estamos conscientes de nuestra evolución física e intelectual. Pero el texto permanece congelado en el tiempo, almacenando dentro de sí los códigos de nuestra identidad en el momento de la creación. Las razones de mi rechazo son otras: el libro me hace recordar un doloroso capítulo de mi vida que no quisiera volver a padecer: mi salida de Cuba por el éxodo del Mariel. Aunque apenas releo las viñetas que integran *Al norte del infierno* estoy feliz de que exista tal y como es, tal y como me lo dictaron sus voces, sus personajes, los más auténticos de cuantos han invadido mi mente.

Hace algún tiempo, un amigo poeta me hizo ver algo extraño en *Al norte del infierno*: «los personajes están en el aire, me dijo, no tienen un espacio donde asirse, no tienen una plataforma que los recoja, no cuentan con un *setting* demarcado o descrito por el narrador donde la acción del argumento se desarrolla. Tras meditar sobre la inteligente observación de mi amigo he llegado a la conclusión de que tiene toda la razón: el libro no se detiene en la formación de un espacio literario donde los personajes puedan existir. Pero no lo tienen porque los personajes no lo necesitan, porque ellos no son sino gritos, voces, *willies*, ánimas que revolotean

tean y explotan bajo el cielo insular de mi memoria, en la ingravidez, en el estupor de una época malsana. Este es un libro donde el espacio literario lo edifica el lector (no el narrador) a partir de los discursos que emiten, desde la textualidad, las voces.

A pesar de que este texto no ha seguido los parámetros considerados prestigiosos o canónicos, *Al norte del infierno* ha tenido una verdadera carrera triunfal. Y ha sido así porque la literatura no es una disciplina fácilmente encajillable, ni funciona de un modo único, sino que prioriza su gran objetivo: echar un poco de luz, aquí y allá, sobre el hombre y su tragedia. Por ello es que, a mi juicio, *Al norte del infierno* ha cosechado triunfos que sobrepasan mis propias expectativas: porque su razón de ser ha sido exponer la furia, la miseria, la desesperanza y el anónimo martirio de unas víctimas con quienes una época y unas circunstancias se ensañaron en sus individualidades. Para nada cuentan aquí las fórmulas literarias, ni los modismos, ni siquiera el autor. Si para los estructuralistas solo importa lo textual, este es su libro idóneo.

Gran parte de la crítica que se ha acercado a este libro considera que uno de sus grandes valores es su apabullante actualidad. *Al norte del infierno* no es un libro de tesis, ni de protesta, ni siquiera de reflexiones: es un libro donde sus personajes-vozes solo quieren que alguien los escuche. La actualidad del libro se debe a la postración del contexto histórico y sociopolítico que generó las víctimas aquí tratadas: la tiranía castrista que desde la segunda mitad del siglo xx asola a mi país, ese hermoso archipiélago bañado por las cálidas aguas de la corriente del Golfo y por la enceguedora luz tropical pero dominado también por la miseria, el estalinismo y la estupidez.

Ojalá que el libro pierda toda esa vigencia que siempre lo ha caracterizado. Ojalá que, dentro de poco, los acontecimientos que se narran en la obra sean algo del pasado. Le pido a Dios que así sea. Porque pertenezco al grupo de los que consideran que la literatura no es más importante que el hombre.

Miguel Correa, Weehawken, 2018

CON EL OLEAJE EN LA MIRADA**

Existen (por lo menos) dos tipos de buena literatura. La que se desprende de un quehacer literario riguroso y disciplinado, de un talento ordenado y lúcido; esta suele producir páginas límpidas, hermosas, sosegadas y hasta suntuosamente desoladas. La otra, la que verdaderamente cala y permanece, abarcando las cualidades mencionadas, nos inoculara, además, como un virus contra el que no hay contraveneno, el fulgor de la maldición, la furia torrencial e indetenible del condenado. Creo en esa literatura que hace trascender nuestras propias humillaciones, magnificándolas. Y a la que solo se puede llegar - disfrutar- por medio de la inteligencia del alma y -quizás- de la complicidad histórica.

Al norte del infierno, de Miguel Correa, posee esa rara cualidad de hacer que mientras lo leemos olvidemos que estamos leyendo un libro. La inminente autenticidad de sus personajes, su lenguaje, su mundo, sus gritos, van más allá de la esmerada crónica o del

** Prólogo a la primera edición.

brillante ejercicio literario, el libro construye un universo donde la barbarie y lo absurdo forman parte de la vida cotidiana; son esa vida.

El lenguaje es desasido y agresivo, rítmico y delirante, coloquial y filosófico; poético siempre. Acosados y desnudos, los personajes -o el personaje- no tienen otra canción que entonar que su propia miseria; la palabra constituye aquí la única salvación, la única arma, la suprema rebeldía. Y aun esa misma palabra se hace clandestina, susurrante, mascullada entre altisonantes discursos oficiales (a los cuales hay que aplaudir) e inapelables llamadas para el corte de caña, para el servicio militar obligatorio, para las campañas coloniales en otros continentes o para la incesante asamblea... Aquí hasta la libertad del movimiento ha sido abolida, solo quedan, pues, susurros quejumbrosos, maldiciones entre dientes, discretos y desesperados pataleos. Este libro es la queja, entre infantil y patética, de todo un pueblo en medio de un escenario acorazado y de un terror (una vigilancia, un arte de delatar) que nos hace desconfiar hasta de la ropa que llevamos puesta o del árbol más cercano.

El sentido del humor, en medio de las situaciones más siniestras, hace que esta obra oscile del coro griego al punto guajiro, otorgándole una cubanidad trascendente.

Es también el libro del desarraigo, además del de la represión. Una vez escapados del infierno, ese sitio que tanto amamos y del cual hubo que salir huyendo con riesgo de nuestra propia vida, se llega -los que tuvimos la suerte de llegar- a una especie de limbo. Espacio donde ya no hay presidentes de comité que acechen ni libretas de racionamientos para nuestro estómago y nuestros sueños, pero donde somos como sombras

proyectadas por un cuerpo, ay, y por un alma, que se quedaron allá, varados (quizás para siempre) a una esquinina, una playa, a un pinar o una calle -todo impregnado por la vigilancia, pero también por nuestra vida.

El libro nos muestra dos aspectos aún casi inexplorados por la literatura cubana: la vida de un pueblo amordazado y confinado, obligado a aplaudir mientras secretamente reniega, y la vida de esa misma gente una vez que ha logrado abandonar aquel sitio y comienza la no menos árida odisea del emigrante. Todo esto nos es contado con un desparpajo y una frescura aérea y juvenil, intuitiva. Es la frescura, el genio, de un narrador en quien la experiencia desgarradora que maneja y lo forma no lastima su imaginación, sino que le sirve de acicate y estímulo.

Obra imprescindible tanto para los que quieran conocer la actual realidad cubana -escrita por quien sí puede hablar de ella por ser un producto de la misma- como para los que deseen disfrutar del talento de un autor que supo combatir (él solo sabe a qué precio) el terror minucioso y la perniciosa nostalgia con la resistencia creadora.

Reinaldo Arenas

DISCUR-S-O-S

Distinguido camarada Leonid Brézhnev:
Delegados de los partidos que nos visitan:
Invitados de honor:
Compañeras y compañeros:

Hoy (aplausos) conmemoramos un aniversario más (aplausos) del (aplausos prolongados) asalto al Cuartel Moneada (aplausos incesantes, jadeos, silbidos, chirridos metálicos). Y hoy (¡¡viva viva!!) nos reunimos una vez más en esta histórica plaza de la revolución (abejorreos, un humo) para honrar (ay, qué sol) la memoria (ay, voy a coger un tabardillo) de los mártires caídos en el asalto (¡que vivan que vivan!) (¿no ve que ya están caídos, señora?) al glorioso (ay, qué calor) al gloriosísimo (ay, me achicharro) al archigloriosísimo (ay, pinga) Cuartel Moneada (ay, si pudiera coger una sombra en ese cuartel). Un día como hoy (¡¡sí, el día era como el de hoy!!) pero de 1953 (¡viva viva!) un intrépido grupo de jóvenes intrépidos (in-tré-pi-dos-in-tré-pi-dos-in-tré) tomó sorpresivamente (ni agua hay por todo

esto) el Cuartel Moneada. Todos sabemos (¡¡todos todos!!) que esa fecha (a Bejucal tengo que ir yo apenas se termine esto) marcó el inicio (a forrajear) del final (sí, al final de esto es que voy a Bejucal) de la dictadura batistiana (¡¡Fidel fidel fi fi fi fi- del!!). Y hoy (ovación, se levantan consignas, un escarceo en la cola del agua) tenemos a esos mártires aquí con nosotros (¡¡a los yanquis dale duro!!) en esta misma plaza (¿trajeron a los mártires?) porque ellos (¡sí, aquí mismo están!) viven en el corazón (ay, qué peste) de todo nuestro pueblo (viva la amistad cubano- sueca, dice un cartel). Y no solo (¡¡no no solo!!) los honramos aquí en esta histórica plaza (¡no no no no no!) sino también (¡en el corte en el corte!) sino también (¡en la fábrica en la fábrica!) sino también (un murmullo de desconcierto) (un silencio) sino- también-en-otros-países-que-han-solicitado-nuestra-ayuda-desinteresada (lloriqueos, gestos de disculpa, arrepentimiento). Y así es como se honra a un mártir en nuestra patria socialista (¡¡¡sí, así!!!) siendo mejores cada día (Yuya, yo estaba aquí desde que esto empezó) en el trabajo (lo que estaba por allí cogiendo una sombrita) en los estudios (póngame la asistencia) en la defensa (¡en la defensa!) y en nuestros deberes internacionalistas (vítores, matracas, gritos de «a los yanquis dale duro»). Y las estadísticas revelan que hemos honrado a nuestros mártires (¡vivan las estadísticas!), que somos un pueblo austero (ay, mira qué aurero). Aquí tengo las cifras (yo me voy a sentar aquí mismo) que son las que mejor hablan (ay, no puedo más) y que son a las que más temen nuestros enemigos (avísame cuando haya que aplaudir). En los meses de mayo a octubre (¿de dónde saldrá esa peste?) la producción de leche (disculpe, señora, le quiero hacer una pregunta)

se triplicó en un 25 por ciento (¿usted no sabe dónde yo podré conseguir una taza de inodoro?) en comparación con el año pasado (¿nueva?) o sea que nuestros niños podrán tomar más leche que el año pasado (conque descargue basta). La producción de plátanos se duplicó casi en un 100 por ciento (se salvaron los rusos) y la de cebollas (ay, qué bueno, cebollas, porque yo no veo una cebolla desde 1970) alcanzó la cifra de 50 mil arrobas (¿y cree que las verá ahora?) o sea 49 mil arrobas más que el año pasado, o sea cinco veces más cebollas que las que teníamos en el pasado quinquenio (eso significa que las verá cinco veces menos). La producción de huevos (¿usted cree?) aumentó en un 50 por ciento en comparación con el semestre pasado (ay, huevos) y la de troncho ascendió en un 80 por ciento (¿será el troncho sin peste?). O sea que los compromisos del Congreso se han cumplido al pie de la letra (¡¡al pie al pie al pie!!) y las metas que nos fijamos se han sobrecumplido con amplio margen (ay, qué bueno, no ha mencionado la macarela; seguro que no lograron capturar tanta cantidad). Y la macarela (un murmullo, vómitos), sí, porque nuestro pueblo se siente orgulloso de comer macarela (aplausos) ¿no está orgulloso nuestro pueblo de comer macarela? (ay, sí, tan rica) pues la producción de macarela se ha incrementado en un 150 por ciento (¡¡más macarela más macarela más, Fidel!!) o sea que nuestros estudiantes y todo nuestro pueblo comerá mucha más macarela que el año pasado (hablando de macarela y yo con la jaba llena) y la podrá obtener por la libre (qué casualidad, tengo este cartucho lleno de macarela). Porque la macarela es un producto muy alimenticio (ay, la peste) y además, viene de nuestros mares (no sé si la huelo o si la siento). La producción

de papas alcanzó las 500 mil arrobas (ay, la peste viene de los baños públicos) o sea tres veces superior a la del año pasado (o de esta macarela que se me está pudriendo). Estas cifras indican (un molote se forma frente a los baños públicos) que nuestros obreros (¡viva viva!) han trabajado con tesón y con una alta conciencia (el molote se ha hecho mayor frente a los baños públicos). Ese tesón con que nuestros obreros han trabajado revela que nuestros obreros han cambiado aquella mentalidad de consumidores por una mentalidad nueva (¡que viva nuestra nueva mentalidad!), por una mentalidad de productores (una gran agitación en los baños públicos). Y así también honramos a nuestros mártires, elevando nuestra base económica (levantan al fondo una enorme pancarta que dice «seremos como el Che») deteriorada por una secuela de gobernantes entreguistas (el molote frente a los baños públicos ha tomado dimensiones masivas). Conocemos nuestras deficiencias (el molote ha sacado de los baños públicos a un joven de la raza negra) y luchamos por erradicarlas, porque si no luchamos por erradicar esas deficiencias de hoy (el joven negro es trasladado en hombros por toda la plaza) no llegaremos jamás a la sociedad comunista a la que aspiramos (el joven negro está siendo apaleado en medio de la plaza) y a la que sin duda llegaremos en un futuro no muy lejano (gritos del joven negro que está siendo apaleado). Y no crean los imperialistas (¡ni mándolo paga este cabrón lo que ha hecho! se oye) que nos van a intimidar con sus campañitas contra la revolución (¡maricón!) porque la revolución es ahora más fuerte (¡ni meándolo paga!) y más internacionalista (en vez de estar oyendo el discurso, se oye) y más hermosa (te mereces que te mate, so puta) y más revolucionaria

(porque tú has ofendido al pueblo entero) y más marxista-leninista (para que respetes a los hombres) y más, más cómo diríamos, más linda (¡descarada!) y más varonil, más regia, más rígida, más rara (¡cállate!) y más desenvuelta (¡déjale de puterías!) y más *pop* (¡al rabo se me tiró en los baños públicos!) y más abnegada de abnegada tú no tienes nada y más quisquillosa y rubia yo estaba orinando en una esquina y este diablo velándome el sable (seamos más materialistas) y yo lo dejé a ver si se tiraba (más lánguida) y empezó a recular hasta que lo cogió (una revolución más ingrávida, más civilizada) y también cogió la trompada (yo diría ahora que nuestros niños sean como los pepillos del Vedado) espera que la policía llegue (y hasta más dichosa) que yo te voy a hacer un cuento (más saltarina) que nos has vendido a todos como pescado en lata (más tolerante y tórrida) pajarona (sobre todo más africana) como están las mujeres aquí que se regalan (y más pura) ¡y más nada! Ya has hablado demasiado (llega la policía) (¡y más luminosa! grita) (¡y más lubricada! grita) (la conducen hasta la perseguidora) (¡y más emborricada! grita) (un desorden general reina en la plaza) (¡y más pintorreteada! se oye desde lejos). (La plaza empieza a quedarse vacía).

ÍNDICE

A propósito de la Colección «Mariel»	7
El texto como exorcismo	14
Con el oleaje en la mirada	20
Discur-s-o-s	24
No mirarán para arriba	29
No iremos aunque digamos que sí	33
Un contacto bien para arriba	36
Universo: Caguayo	42
Bajo la ley de la peligrosidad	45
Un telegrama	48
¿Ahora estoy soñando?	51
<i>Two t-shirts in the shop</i>	55
Dándote vueltas	
y botándote de la universidad/ del mundo	58
Abren, y al verte con todas las jabas, cierran	61
Claves para una felicidad en crisis	63
Furia de la independiencia	66
Una mujer decente	72
Como se fueron	77
Como llegaron	82
Primer viaje a la infamia	83
« <i>Status pending</i> »	86
Lo mío con los Americanos	89

Los pájaros	93
El periódico de aquí	96
«Hábla-me van a decir ellos»	99
Receta para la fabricación del hombre nuevo	103
Visas	106

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN «MARIEL»

1. *Dile adiós a la Virgen* (novela), de José Abreu Felipe
2. *Al norte del infierno* (novela), de Miguel Correa
3. *La travesía secreta* (novela), de Carlos Victoria
4. *Este viento de Cuaresma* (novela), de Roberto Varelo
5. *Miami en brumas* (novela), de Nicolás Abreu Felipe
6. *Curso para estafar y otras historias* (cuento), de Leandro Eduardo (Eddy) Campa
7. *Del lado de la memoria* (cuento), de Luis de la Paz
8. *Impresiones en el viento* (cuento), de Rolando Morelli
9. *La loma del Ángel* (novela), de Reinaldo Arenas
10. *Boarding Home* (novela), de Guillermo Rosales
11. *El gen de Dios* (novela), de Juan Abreu

